

La frontera o la novela no escrita de la chilenidad

por

Ariel Peralta Pizarro

La imaginación novelesca de los chilenos tiene fundamentalmente motivaciones de estrecha raíz; una especie de quiebra imaginativa reduce la visión de los escritores a un ámbito que se centra en la línea autobiográfica, casi siempre carente de las vivencias "tremolantes" que constituyen en sí el embrión de la auténtica obra creativa.

Pero esa falta de imaginación no puede culparse al ser vivo de la nación, que ha sufrido los suficientes embates como para ser interpretado, no ya en el formalismo histórico o en la presencia dialéctica de intereses encontrados; es la falta de una predisposición de estudio al pasado nacional el que ha fijado esta impronta de quietismo intelectual. Contadas son las excepciones a este casi inédito rastreo por la rica simiente de la historia nacional, en la pretérita de la Conquista y la Colonia, o en la contemporánea, de insoslayable contenido social-sangrante. Reynaldo Lomboy, Carlos Droguett, entre las excepciones, han señalado la riqueza de este venero, de imprescindible rescate de manos de los folletinistas o de la frialdad académica de una reseña histórica. El pasado no es un adobo de fantasía retoricista o acomodaticio lugar común de la verba balconera; es simple y complejamente la sustentación de un destino, más que sanguíneo, histórico en las secuencias de

una continuidad ascendente, no de "progresismo" positivista, sino de identidad de valores sean sociales o políticos.

En esta perspectiva, la historia de la Frontera, es decir, la historia de la incorporación del territorio araucano a la jurisdicción del estado chileno, encierra tal vez las más ricas alternativas de creación, tanto para el literato puro como para el acucioso investigador de índole sociológica e histórica. Bucear en esta "inédita novela" de la chilenidad, es como ir descubriendo un mundo de resonancias fecundísimas, que en muchas de sus líneas mayores, se emparentan con la realidad convulsa de hoy, de inextricable complejidad para unos, de infantil superficialidad para otros. Y es curioso, aunque no tanto por la desidia explicada anteriormente, que muchos de estos documentos vitales, no hayan sido dados por la presencia de extranjeros, que ávidos de la aventura o del afán de estudio, penetraron a ese mundo mágico del "encierro" mapuche entre los quilantares y araucarias sureños, por allá, a mediados del siglo XIX, cuando la feracidad del Valle Central permitía el sustento de los chilenos y el esfuerzo pionero se trasladaba de hecho hacia las calcinadas tierras mineras del norte.

Treutler y Smith

Pero insistimos en los documentos de extranjeros; no creemos que existan testigos oculares tan ricos en observaciones sobre los araucanos, en época previa a la penetración chilena, como el alemán Paul Treutler o el norteamericano Reuel Smith. Allí se nos aparece en su exacta dimensión los signos aquellos del enclaustramiento indígena y el sentido pleno de una soberanía incontrastable. Treutler es el aventurero por antonomasia, que llega a nuestras orillas entusiasmado por las virtudes de los "rosiclères" vistos en una exposición parisina; es el típico individuo que viaja en

función de la ganancia rápida de los yacimientos de plata en el norte, y ante su fracaso, en la búsqueda de probables tesoros sumergidos en el lago Villarrica, en pleno territorio indígena. Sus impresiones, aunque recargadas de la fantasía propia de quien vive en función de lo inesperado o de la constante visión del vértigo, son valiosas en la descripción costumbrista de las diversas agrupaciones visitadas por él desde la zona de Valdivia hasta el corazón de la Araucanía. La natural desconfianza de los mapuches por la presencia de un extranjero, presunto agente del gobierno chileno, tornaba a cada instante el deambular del alemán por la selva "fronteriza", en un desafío a la supervivencia. Un viejo cacique lo conduce al "campo de la ordalía" por tal recelo, y le enrostra en un discurso su pretendida relación con los chilenos. Dice Treutler: "Contesté a ese discurso que yo era alemán, que nada tenía que ver con el gobierno chileno, y que al encontrar tesoros, sólo los compartiría con ellos. Después de otra gran gritería, volvió a levantarse el anciano y declaró que si era capaz de cazar el gran cóndor que volaba sobre ellos, creería en mi amistad y aceptaría mis proposiciones". El alemán no vaciló en disparar su rifle y matar en consecuencia al cóndor que cayó a los pies del dubitativo anciano... Pero Treutler no se extasía en la extravagancia de tipo personal, va más allá de la pequeña autoglorificación al detenerse a describir con objetividad las singularidades del comportamiento del araucano, tanto en la dimensión de sus conceptos del mundo y del hombre (compuesto por dos elementos, el cuerpo-anca-y el alma-pulli), como de sus costumbres en las reuniones sociales, bodas o entierros. Su visión de una fiesta araucana es pieza de antología: ".El motivo para ésta era la enfermedad de la mujer de Epulef, cuñada de Paillalef, pues existía la costumbre de invitar siempre a toda la tribu, y a algunos caciques vecinos con su gente, cuando se enfermaba una per-

sona de importancia. Así, todos podían reunirse a una hora determinada en casa del enfermo para expulsar al diablo que se había introducido en él. Las invitaciones a una fiesta de esta naturaleza se hacían siempre con algunos días de anticipación a fin de que todos pudieran prepararse para ella. Era costumbre que cada familia contribuyera con algo a la comida como bueyes, caballos, ovejas, harina, trigo, pollos, aguardiente, chicha de manzana o de maíz, etc. . . .”.

..“Poco antes se había varado en la costa araucana un buque francés que transportaba muchos artículos de moda de París destinados a Valparaíso y los boroanos habían salvado muchos cajones de cuyo contenido se habían apoderado. Es difícil concebir de qué manera esos seres primitivos empleaban tales objetos para destacarse en la fiesta, presentándose con un aspecto impresionante y hermoso. No sólo las mujeres, sino también los hombres se habían colocado crinolinas y otros llevaban sombreros de mujeres y birretes, y algunos indios andaban, incluso, con corsés, que posiblemente tomaban por corazas”.

“...Pero el aspecto más cómico lo presentaban los que habían tenido la suerte de apoderarse de algunos fracs negros, que se habían colocado al revés, en la creencia que los faldones estaban destinados a cubrir las vergüenzas..”

Los senderos de la Araucanía, con su maraña de colihuales supieron del valor de este germano, que con astucia de comerciante ofrecedor de baratijas o aguardiente, aprendió a convivir dentro de ese “país” hermético y acechante en contra de la intromisión del hombre blanco, sinónimo para los aborígenes de la barbarie esclavófila. Treutler no encontró sus tesoros como era de esperar, más, dejó un testimonio de riquísima vena descriptivista, que aunque en ocasiones se escapara de los márgenes de la verosimilitud, nos permiten recrear esa ya palpable visión del acecho, pre-

ludio para el avance militar-colonizador de un Cornelio Saavedra o de un Basilio Urrutia. En sus páginas está vivo el araucano en su primitivismo de augures premonitores (como el caballo manco que señala la próxima caída en la guerra), en el simbolismo del "caballo alado" relleno con paja, muerto y posteriormente suspendido en la tumba de su dueño, un gran jefe, señalado además por el túmulo vigilante de cuatro estacas talladas burdamente, como guerreros montando guardia; en la gracia protocolar del "trafquin" que permitía el mutuo regalo de pertenencias personales o en la ceremonia del raptó que consolidaba un noviazgo. Allí está el Arauco que pervive en desesperada continuidad ancestral, aferrado a una soberbia independentista que ya se intuye como quebradiza en el soporte de una despiadada miseria.

El caso de Edmond Reuel Smith es diferente a Treutler; este último llegó a la Araucanía en busca de la fortuna fácil, repentina. Smith, tranquilo oficial norteamericano especialista en astronomía, va con el afán predispuesto del conocimiento de ese mundo exótico. Auxiliado por un "capitán de amigos" (intérprete indio), será valioso testigo del vivir araucano, en especial de sus prácticas curanderas y de los signos del buen y mal presagio. En esto, distinguió los diversos significados que tenían las muertes de animales como las ovejas o las mulas, precursoras de otros males mayores que se presentarían con un breve correr de tiempo. Demos paso a una descripción hermosísima de Smith cuando un signo de desgracia es desbaratado por la presencia de su "antídoto...": "Este accidente se había considerado de mal agüero (muerte de una mula) si no hubiera sucedido luego otro acontecimiento más feliz. De repente nuestro compañero Trauque, espoliando su caballo se lanzó hacia adelante a galope tendido, gesticulando y gritando con todas sus fuerzas. Un aguilucho blanco, espantado por la bulla, abandonó el árbol en que estaba posado

y remontándose en espirales se dirigió hacia el sur en vuelo majestuoso. Esta ave era el NAMCU, cuyo nombre ya había recibido unos pocos días antes y el hecho de encontrarse al lado derecho de nuestro camino fue considerado como el más favorable augurio. La plegaria que el indio dirigió al ave me pareció muy hermosa: “¡Oh, NAMCU —gritó— Ser poderoso! ¡Observad a vuestros servidores no con el ojo siniestro de la calamidad, sino con el diestro de la fortuna, porque sabéis que somos pobres! ¡Proteged a nuestros hijos y hermanos; velad por nuestra felicidad y permitid que volvamos sanos y salvos de esta empresa...”.

Smith para ser bien recibido entre los araucanos y en especial por el gran jefe Mañín, acude a un subterfugio: se hace pasar como hijo de un ex oficial español de apellido Vega, que durante la guerra de la Independencia chilena había buscado asilo entre los mapuches, para desde el interior de su territorio seguir combatiendo a la República. Más de treinta años habían pasado del término de la guerra cuando Smith visita al cacique, pero no obstante, éste continuaba recordándolo con estimación; el tal Vega se había establecido en Concepción donde formara hogar. Eduardo de la Vega, el hijo del compañero español, fue recibido con la vehemencia efectiva que el cacique Mañín deparaba a los auténticos amigos. ¡El rubio angloamericano, se mimetizaba tras un nombre como símbolo veraz de un hispanoamericano...! Mejor salvoconducto no habría podido encontrar.

Así describe Reuel Smith la vivienda de Mañín: “. . .Encontramos la casa igual a todas las de los indios, sólo que era más grande. Tenía ochenta pies de largo por treinta de ancho. La RAMADA era muy grande, del mismo largo que la casa con una anchura de sesenta pies. Se apoyaba en cinco hileras de postes de doce a quince pies de alto y era capaz de contener un gran número de personas. Se había construido evidentemente para acomodar el

congreso de caciques que se reúne aquí de vez en cuando para sus deliberaciones. Por un lado corría un rudo diván, levantado dos o tres pies del suelo y que tenía cuatro pies de ancho, construido de toscos tablones que descansaban sobre troncos. El respaldo de esta especie de sofá, lo formaba la enorme mole de un monarca de las selvas. Todo era cubierto por cueros de oveja y ponchos. En este asiento de honor, reclinaba Mañín cuando llegamos a la casa. . .”

Inserto en esa desconfianza instintiva del araucano, que nutre un marco fecundo en cuanto a la “visión supersticiosa”, Smith descubre la sospechosa actitud del araucano frente a la escritura. Ante la no comprensión de ella, restalla el sentido mágico, el insondable enigma ante lo desconocido. . . “Especialmente se asombraron cuando vieron el diccionario (escrito por un misionero jesuita) y supieron que al consultarlo pude saber palabras de su idioma. Toda tentativa para explicar este misterio fue en vano, porque quedaron estupefactos y apenas pudieron dar crédito a sus sentidos. Uno de los presentes señaló un objeto y me preguntó su nombre indio, lo busqué en el diccionario y le contesté inmediatamente. Quedó incrédulo y asomándose, miraba al libro para ver si podía encontrar alguna semejanza entre el objeto y la palabra impresa. Le indiqué la palabra pero no se conformó con mirar, sino que pasó la mano por el libro para palpar las letras. Un soplo de viento hizo sonar las hojas. Quitó la mano al instante, creyendo que el libro le había hablado bajito en lengua desconocida. Como era la mano izquierda, lo consideró de mal agüero. Se retiró y envolviéndose en su poncho pasó varias horas sumido en un silencio pensativo”.

Esta ingenuidad fatalizadora, que aparecía como la rendición previa del combatiente frente a la sabiduría del blanco, nos muestra la añagaza leguleya que con el transcurrir del tiempo sería

aplicada al indígena para usurpar sus tierras. Hombre blanco será sinónimo de engaño congénito, letra impresa, un responso para el desalojo. Pero esa es otra historia, apenas subyacente en la epidermis del acontecer más reciente.

En la "curandería" sí que el mapuche se expresa a sí mismo; el ritual tiene la seguridad de ejecución de un ancestro bien definido, al igual que el arúspice, certero en la interpretación de los vuelos de las aves o del contenido diverso de las vísceras de los animales. Al anochecer llegan al hogar que ha solicitado sus servicios, hora la más propicia para efectuar sus operaciones, "y después de desnudarse y de pintarse lo más horriblemente que puede da comienzo a su MACHITUN. El enfermo se tiende de espaldas en medio del rancho y echan afuera a todos los miembros de la familia, o se sientan vueltos hacia la pared. Después de examinar los síntomas de la enfermedad, el MACHI principia una larga ceremonia mágica que consiste en un canto monótono acompañado por el golpeteo de un pequeño tambor, formado de un cuero de oveja estirado sobre un aparato de madera. Se excita haciendo gestos y contorsiones violentas hasta que cae de espaldas como en ataque epiléptico con los ojos vueltos hacia arriba, la espuma saliendo de la boca y el cuerpo agitado por convulsiones espasmódicas, y yace en el suelo como muerto, por mucho rato". Y continúa Reuel Smith: "...A esta señal unos jóvenes desnudos y pintados de una manera que causa espanto montan a caballo sin montura, y corren furiosamente alrededor de la casa llenando el aire con sus alaridos y gritos. Llevan antorchas que agitan sobre las cabezas y blanden sus lanzas para espantar los malos espíritus que se suponen estar en acecho para dañar al enfermo".

"Cuando se recobra de un ataque, el médico declara la naturaleza y el asiento de la enfermedad, y procede a administrar los remedios al paciente. Manipula al mismo tiempo la parte del cuer-

po afectada hasta que puede extraer la causa del mal, que exhibe con demostraciones de triunfo. Esta generalmente asume la forma de una araña, un sapo u otro bicho que ha tenido cuidadosamente escondido en su persona”.

Smith agrega en su exposición sobre lo que él vio en la curación del MACHI (que indistintamente podía ser hombre o mujer), que ya ubicado el mal administraba los remedios correspondientes, compuestos básicamente de yerbas medicinales en infusión, tisanas, cataplasmas de yerbas con propiedades cicatrizantes o formas de enemas, agregando a esta “farmacopea” los exorcismos de rigor*.

El curandero siempre salía bien del paso, pues un éxito en la mejoría aumentaba su prestigio de “salvador milagroso”, más, la muerte del paciente era atribuida a la voluntad de Dios o simplemente, “a las maquinaciones de algún enemigo”.

Ya con el paciente muerto, se buscaban de nuevo los servicios del MACHI, sobre todo si el difunto era una persona de cierta distinción: Agrega el autor: . . . “El cadáver es disecado y examinado: si el hígado se encuentra sano se atribuye la muerte a causas naturales; pero si al contrario se le encuentra inflamado, supónese que la muerte ha sido producida por las maquinaciones de alguna persona mal intencionada, y el MACHI queda en la obligación de descubrir al malhechor. Esto se cumple de una manera muy parecida a la empleada para la diagnosis de la enfermedad. Se extrae la bilis, se la coloca dentro del tambor mágico y después de varias operaciones misteriosas, se la vuelve a sacar para ponerla en una ollita tapada al lado del fuego. Si después de calentarla por un buen rato se encuentra en el fondo de la olla una piedra biliaria, se declara que ésta ha sido la causa de la muerte”.

*El Rvdo. P. Rafael Emilio Housse, en su obra “Epopéya India” especifica con enormidad de detalles la acción de una machi, introduciendo algunas variantes al relato un tanto esquemático del norteamericano.

“Estas palabras, como también las arañas, los sapos, las flechas o cualquier otro objeto que el MACHI saca del enfermo, son llamados HUECUBU (el malvado). Con la ayuda del HUECUBU el MACHI produce un estado de éxtasis durante el cual descubre y denuncia al causante de la muerte y describe la manera en que ésta se produjo. Se presta la mayor credulidad a estas adivinaciones, y con frecuencia la persona acusada es perseguida y muerta por los deudos”.

Tanto Edmond Reuel Smith como Paul Treutler son visitantes, forzados o espontáneos, que en el siglo XIX, y a través de sus testimonios escritos mostraron el cariz costumbrista de los araucanos, e indicaron la potencialidad económica de la antigua “tetraarquía mapuche”.

Comerciantes entraban con frecuencia al reducto indígena, practicando la fórmula del “conchabeo” o trueque en especies, que siempre favorecía por supuesto al individuo que se arriesgaba a penetrar a ese mundo de aparente misterio: el aguardiente era la mejor bandera del paso libre por las diversas tribus. Ganado vacuno o caballar resolvían con creces la “ganancia del riesgo” para el comerciante. Este comercio se reducía, según expresión del CORREO DEL SUR del 21 de agosto de 1851, a “algunos buhoneros sueltos que con una carga de pacotilla se llevan traficando por el territorio de los indios de una casa a otra, cambiando con ellos el añil, la chaquiras, los pañuelos e infinidad de otras frioleras, por los ponchos, peñones, bueyes y caballos”*

No obstante, aunque su historia es muy conocida, es necesario recordar que el visitante más famoso de todos los que llegaron al interior de la Araucanía, fue el francés Tounens, o mejor dicho, Orelie Antoine de Tounens, Rey de la Araucanía. . .

*Extractado del artículo de Guido Véliz, “Los Ríos de la Araucanía como vías de penetración”, Revista Geográfica de Chile, Nº 17, 1959.

La historia de Orelie

A fines de 1861 se presentaba a un campesino de Nacimiento, de nombre Juan Bautista Rosales, un individuo que decía llamarse Príncipe Orelie Antoine de Tounens, ofreciéndole la suma de \$ 50 para que lo condujese a casa de un cacique denominado Guante-col. El campesino al aceptar la oferta del aventurero quedó vinculado desde ese momento a la suerte del presunto REY.

En presencia del cacique Levín, a donde habían sido llevados por un indio españolizado (Lorenzo López), Orelie dijo su primer discurso ante tal cacique y un grupo de mocetones araucanos, pidiendo su proclamación como REY; el futuro soberano garantizaba la defensa de los derechos de los aborígenes, obligando con ello al gobierno chileno, a respetar sus propiedades e impidiendo a la vez que los chilenos fundasen poblaciones al sur del Biobío. La predicción hecha por el finado cacique Mañín, de que algún día ellos serían regidos por un monarca, se cumplía en la persona del extranjero que con tan buenas disposiciones se presentaba ante ellos. El cacique Levín lo proclamó en el acto Rey de los araucanos y enviando emisarios a los caciques circunvecinos logró al día siguiente reunir gran cantidad de ellos con sus respectivas fuerzas de combate; las tropas entusiasmadas formaron un cuadrante ante Orelie, y así, en medio de un infernal "chivateo", el francés logró su objetivo de conquistar la ingenuidad de los mapuches.

Tounens no fue un demente como trató de ser motejado por las esferas gubernativo-judiciales; al llegar algunos años antes a Chile y habiéndose establecido en Valparaíso, conoció en su real contextura el problema de la Araucanía, vasto territorio que si bien jurídicamente era de Chile, no existía una dominación de hecho del estado nacional sobre esa porción geográfica, que con mayor agravante, guarnecía una identidad étnica. La aseveración de Mañín

tal vez fue conocida por el aventurero galo; el resto lo haría su resolución y la fe en sí mismo, que al parecer le sobraba.

Banderas de color azul, blanco y verde, identificaron el "nuevo estado"; en diversas giras por las reducciones indígenas, Orelie fue consolidando su poder. Dice el Rvdo. P. Housse: "... Su charla, su garbo, sus gasconadas deslumbraron a los indios, que en un Parlamento le dieron el haz de gran ULMEN. Revistaba las tropas en medio de las tribus, y, pareciéndole poca tal dignidad para su mérito, un buen día se arrogó el título de Emperador de la Araucanía"...

Tounens era diestro en sus planteamientos, pues tenía conocimiento que el Gobierno avanzaría "su frontera" hasta el Malleco; el ofrecimiento de una ayuda en ese trance, para los araucanos resultaba providencial. Sus intentos defensivos era el principio de una estrategia de muy grandes alcances, y que tendría por base a la ciudad de Valdivia: constituir una confederación monárquica constitucional que englobaría a todas las repúblicas hispanoamericanas.

Estos desproporcionados proyectos hicieron sospechoso al francés según la apreciación de los caciques Namuncura y Guantecol, siendo el juicio de este último el más rotundo: "Orelie podía ser el Diablo mandado por el gobierno de Chile para espiarlos"...

Todas las vicisitudes del falso rey araucano, con su pintoresco juicio (donde él mismo se defendió, aduciendo como tesis central que no había violado la Constitución chilena, sus leyes y autoridades, "porque nunca los araucanos se habían sometido a ellas y Chile jamás había logrado someterlos"), su vuelta a Europa y posterior regreso a la Araucanía con la ayuda indirecta o directa tal vez del gobierno francés (barco con vituallas y armamentos), aparecen adscritas a una política general de expansión de las potencias europeas. La Inglaterra desembarazada de su "magnífico

aislamiento" había dado las pautas más notorias para la formación de los imperios coloniales en función de la revolución industrial-tecnológica; la Francia del Segundo Imperio trataba de remontar el cariz de nación de segundo orden que la política internacional le daba. La patente de primer orden, el "prestigio" se avalaba con la cantidad de posesiones de ultramar: el Imperio de Maximiliano en México era un ejemplo de la intervención bélica de Francia en el continente americano, y Orelie Antoine ¿no podría haberse transformado también en una excusa para defender y confirmar la "Nueva Francia" que el aventurero pensaba instalar en las selvas sureñas? Es posible que el gobierno francés y ante la experiencia mexicana de ese mismo momento, hubiera considerado que no era táctico intervenir en territorio chileno, de todas maneras estuvo al acecho, pero al fin, Orelie quedó solo, aunque no con los riesgos de un Maximiliano fusilado por los patriotas mexicanos. Su aventura fue al "acaso", y su frustración no eximió que ya de vuelta definitiva en Francia continuara proclamándose como legítimo Rey de esos lejanos y legendarios araucanos; sus descendientes, hasta hoy, proclaman lo mismo...

La ocupación indígena antes de la "pacificación"

Cuando se leen crónicas de la conquista española, como la recientemente editada de Gerónimo de Bibar, surge nítida una apreciación: las diversas tribus de aborígenes chilenos tienen un tronco común, y sus diferenciaciones lingüísticas, al decir del cronista se presentan como las existentes entre las regiones españolas. Si el origen es común, las particularidades de las tribus están en relación a un encuadre geográfico, que aunque no en la perspectiva del determinismo, permite cierta tipificación. El Arauco no es una invención de Ercilla como tratan de plantearlo algunos; estas expre-

sión encierra una entidad geográfica, que más o menos se extendía desde el Biobío (Río de Ríos) hasta el Toltén (Campo de Hierba). Arauco o "agua de greda", encerraba cuatro provincias, la tetraarquía, denominadas en mapuche Laguenmapu, Rebunmapu, Inapiremu y Piremapu, es decir, las tierras del mar, de los llanos, de la región subandina y de los valles de los Andes. Allí, en las márgenes de los arroyos, en la entrada de los bosques, sustentó unos, guarida latente los otros, se extendían en pequeñas reducciones los herederos de "Halcón Ligero" (Lautaro). Los esteros dividían en distritos al territorio, cuya posesión era comunitaria, ya fueran familias o clanes que obedecían a un cacique, lonco o ulmen. Cada distrito era independiente de los otros en la elaboración de sus faenas, aunque se sentían unidos protectoramente en un WITRANMAPU (unidad de tierras grandes).

La zapa del estado nacional había comenzado a deteriorar aquellos lindes naturales; por un lado la agricultura indígena dio margen a la intensificación del comercio con los fronterizos chilenos. El acicate de una región óptima para el cultivo de los cereales y la crianza del ganado, tuvo su primera avanzada en el trueque comercial, que llevó la carreta de bueyes al corazón de la Araucanía, identificada por los indígenas en un principio, como arma de artillería. La "absorción orillera" de esa frontera, es un proceso de años, lento pero eficaz en el atrapamiento masivo de las tierras mapuches.

A dicha penetración subrepticia, se une la "escalada" a nivel gubernamental, cuyo primer avance organizado se concretiza en 1835 bajo la administración de Prieto. Será en el gobierno de José Joaquín Pérez sin embargo, cuando se planifique una "pacificación" de mayor envergadura. En octubre de 1861 se daba a Cornelio Saavedra el nombramiento de Intendente de la provincia de Arauco y comandante en jefe del ejército de operaciones en terri-

torio araucano. Mientras diversos generales objetaban en Santiago el plan de Saavedra (Maturana, Barbosa, Bulnes, Escala, etc.), éste ya se encontraba al frente de la expedición. En ese instante los mapuches estaban en grave conflicto con los agricultores establecidos al sur del Biobío; Saavedra ocupó Negrete para "proteger" la zona. Al continuar su avance funda Mulchén el 17 de enero de 1862, en unos terrenos cedidos por el cacique Nampai.

Incompatibilidades con los generales hacen que Saavedra renuncie a su misión, pero a petición presidencial y a fines del año 62, reanuda su campaña "pacificadora", siendo una de sus primeras medidas en esta segunda etapa, la reedificación de Angol, que había sido destruida alrededor de veinte veces desde la época de Valdivia. Cornelio Saavedra funda además a Lebu y hace prisionero a Orelie, en pleno auge después de su entrada a la Araucanía.

Sería solamente en 1866 cuando el gobierno encomendaría a Saavedra el adelantamiento de la línea fronteriza hasta el río Malleco; en las márgenes de él, fundaría Collipulli.

En 1868 Saavedra entregó el mando del ejército de la Alta Frontera al general José Manuel Pinto, mientras continuaba la política de fundaciones, pero ahora por la zona costera, siendo la más importante la de Cañete. Al general Pinto le correspondería enfrentar en 1870 uno de los últimos grandes levantamientos de los araucanos, ya casi a la desesperada, ante el avance implacable de la línea del Malleco. Sucesores de los jefes nombrados, serían Basilio y Gregorio Urrutia, este último, muy temido por los araucanos, aunque respetado por sus dones de ecuanimidad.

Pero retomemos, sinópticamente por supuesto, el cuadro poblacional que respaldaba la acción de las tropas chilenas; la escasez de población más allá del Biobío, fue creando la necesidad colonizadora típica de un "hinterland". Todo avance de la soldadesca suponía el asentamiento del guerrero a la tierra, en la visión exac-

ta de un soldado-colono, de ahí que la "campaña de conquista" fuera lenta, pausada en el desbroce de la selva y en el posterior asentamiento de los hombres que con el transcurrir de los años se convertirían en latifundistas de terrenos usurpados a sangre y fuego. La obra de civilización que representaba el avance de fronteras, no se encuadró en una política coherente de transmisión de valores culturales; la llamada "transculturación", no tuvo la reciprocidad homogénea que todas las comunidades indígenas latinoamericanas reclamaban para una real integración a la nacionalidad, sin desmedro de su autoctonía cultural. Chile no fue la excepción; el concepto sarmientino de "civilización o barbarie" recogió su eco en el interior de la tetrarquía mapuche, y los bastiones del poder aborigen cayeron avasallados no por la persuasión latente de la verdadera misión civilizadora, sino por la rendición holocáustica de un pueblo que ni siquiera era ya capaz de vivir del pasado.

El que traspasaba las orillas del "Río de Ríos", tenía la fijeza del enriquecimiento; el buhonero intercambiador de minucias era sólo un aprendiz de plutócrata; el soldado-colono sí que desarrolló una turbulencia de vigores y energías, que en medio de la naturaleza inhóspita y de la resistencia humana, tenía que desbordarse hacia la rapiña insaciable, a la crueldad vesánica. Antes de la penetración de la fuerza, habían fracasado, por su inconsistencia, las fundaciones de pueblos fuertes, creados con la intención de agrupar sólidamente a la población, protegiéndole de los posibles ataques indígenas. Plaza, iglesia, cuartel y casa del jefe civil-militar (generalmente el dueño principal de las tierras), escuela y una que otra casa. La distancia de las casas en relación a la plaza, marcaba proporcionalmente el alejamiento de la riqueza.

La mayoría de estos pueblos-tipos, fueron destruidos por los mapuches; su aislamiento no permitía la ayuda eficaz y rápida, siendo además, sus guarniciones demasiado débiles y la población

escasa. Dice la profesora Graciela Uribe: "El hecho escueto es que en la segunda mitad del siglo XIX no existía sino un cordón muy suelto de ciudades fronterizas en las riberas del Biobío y de algunos de sus afluentes que totalizaban una población de alrededor de cuatro mil personas. El establecimiento humano se realizaba a través de estas haciendas que no contaban con la protección adecuada. De ahí entonces que se hablara del colono-soldado"*.

Fueron esos pueblos febles sin embargo, los que comenzaron la agitación de la cuestión de la Araucanía; sus productos, comercializados en la ciudad de Concepción, encontraban en este mercado un respaldo para sus intenciones defensivas. Es necesario aclarar que se había formado un verdadero círculo vicioso entre la escasez de población de aquellos villorrios que exigían protección al gobierno, y las características que asumió la propiedad de la tierra. Sí, porque la concentración de grandes extensiones de tierra en pocas manos, establecía un dique de contención a las posibles agrupaciones humanas. Pequeñas aldeas y caseríos tenían su razón de ser en la sedentarización producida por el trabajador de obras públicas que forzosamente debían realizarse en los nuevos territorios incorporados a la jurisdicción efectiva del Estado. Esos obreros con el tiempo se transformarían en otros tantos labriegos, con asignaciones minifundistas.

La ocupación militar tuvo por secuela inmediata la edificación de las aldeas fuertes; dichas "fortalezas" entregaban a la vez, una seguridad para el deambular del comerciante, rotador antiguo de la selva aborigen, o en su defecto, su instalación definitiva.

Los nuevos pueblos que el avance de la Frontera creaba, producían la automática segregación del ocupante indígena; las reducciones mapuches se ubicaban en las lejanías de los pueblos. Las

*Graciela Uribe... "Asentamientos en la Araucanía". Memoria de Prueba, 1960.

nuevas técnicas y valores de índole comercial, hacen que el mapuche tenga que incorporarse forzosamente a esas relaciones de producción. El sistema capitalista lo convierte en asalariado (peón de los campos) o sirviente en las aldeas. Dice al respecto la profesora Uribe: "...De las trece aldeas de 1875, sólo Collipulli emplazada en las márgenes del Malleco, en una región maderera, y al paso del ferrocarril, se había desarrollado como ciudad. A su paso, el ferrocarril hizo brotar algunas aldeas (Roblería, Tintre, Trigal, Púa, Pailahueque, etc.) y de la colonización surgieron otras como Ercilla, Quino, Quillem y Galvarino".

Las formas que tomará la colonización, en primera instancia a cargo de los nacionales y de los extranjeros después, es un capítulo aparte del desarrollo posterior de la Araucanía ya "pacificada". Limitémonos a decir, que el primerizo criterio de Saavedra de establecer un monopolio estatal a las tierras recién incorporadas, se vaciaría en el intrínquil legal que con el transcurrir de los años se iría decantando. La gran propiedad particular, al impulso de los colonos chilenos o extranjeros, tendría por base el atropello de la misma legalidad, la marcación mal intencionada de los lindes, el "amarre" de los indígenas con préstamos de dinero, o sencillamente, con la expulsión a la fuerza. La ley del 4 de diciembre de 1866 estableció en definitiva las reglas del juego, donde por supuesto, el indígena llevaba todas las de perder; en su artículo 6º disponía "que se reputarían como terrenos baldíos y de propiedad del Estado, todos aquellos respecto de los cuales los indígenas no probasen posesión efectiva y continuada de un año, por lo menos"...

El avasallamiento militar, conllevaba la complejidad de la legislación interesada; los "huincas" eran fieles discípulos de los antiguos españoles. La espada de la conquista (ahora en sentido simbólico frente a la realidad de la ametralladora del último avance sobre el Cautín) abría paso a los códigos incomprensibles, siem-

pre escritos con la letra indeleble de la dominación "legal" que no admite réplica. Una especie de "derecho divino" enajenó la propiedad ancestral: sólo la rebelión justificaría la existencia del mapuche en su tierra. Primero en el Malleco, y después, como en una última algarada de la raza, en el Cautín sobre el Ñielol sagrado.

El levantamiento de Malleco

El coronel Hipólito Beauchemin, jefe accidental del ejército del sur, hacía reunir el 1º de diciembre de 1880 en la plaza de Traiguén a los caciques principales de la zona; allí estaban Francisco Paillal, de Renaico; Pedro Lincoñil, de Pangueco; Antonio Milipín, de Temulemu; Lorenzo Lorín, de Lelidaico; Agustín Quilaacán, de Hilagüe; Ramón Reñileu, de Colimallin, etc. Todos ellos firmarían un documento en el que se juraba ante Dios, que por ningún pretexto darían malones con la intención de robar a los colonos; al mismo tiempo se comprometían a no dar alojamiento ni aposento "a los españoles ladrones", pero sí proteger a éstos, cuando anden en comercio legal y honrado.

Semejante a la esterilidad de los parlamentos concebidos en la época de la colonización española, esta reunión de Traiguén tuvo parecidas consecuencias. Ni mapuches ni chilenos cumplirían con lo convenido; los abusos y arbitrariedades de los nuevos ocupantes blancos, harían "correr la flecha" de la guerra, al igual que en su legendaria lucha contra incas o españoles. A los despojos flagrantes que imponían con su mera presencia los colonos, tanto en la usurpación de tierras como en el robo de animales, se unía la prepotencia increíble de los "celadores de la ley", las autoridades militares. Los fusilamientos se ejecutaban sin esbozar siquiera un

remedio de proceso: la ley del más fuerte se arraigaba en la selva hollada, como una expresión natural. . .

La sublevación tuvo su hebra final por el crimen del cacique Melín, cuyas reducciones estaban cerca de Los Sauces. Acusado del robo de algunos animales pertenecientes a un tal Bernardo Concha, Melín con varios de sus familiares, hubo de comparecer ante la Comandancia General de Armas de Angol. En el camino de Los Sauces a Angol, Concha, que se había hecho acompañar por un piquete de soldados ordenó a Melín y su gente que se bajaran de sus cabalgaduras, haciendo fuego de inmediato los soldados. Sólo uno escapó de la masacre; en la ciudad de Angol el cacique Melín tenía un hijo que ocupaba el puesto de escribiente e intérprete de la Gobernación. Al conocer la muerte de su padre, se trasladó al lugar del suceso; en un campo llamado Wudullcura (montón de piedras), correría la misma suerte de su progenitor.

La insurrección se generalizó; los mapuches sabían que las tropas del gobierno estaban debilitadas, porque las fuerzas más veteranas habían sido trasladadas al Perú, incluso el general Urrutia, el más temido de sus jefes, también se encontraba ausente. El plan indígena era arrasarlo todas las poblaciones existentes hasta las márgenes del Biobío; los ataques comenzaron sobre Traiguén y los fuertes de Curaco y Collipulli. Desordenados en su accionar, los indígenas no lograron su objetivo de tomar esas plazas; la resistencia de las tropas atrincheradas, determinó la retirada de los atacantes que sólo lograron incendiar las casas de la población y sus sementeras. En esos planes frustrados de sublevación se vio la absoluta carencia de una dirección; combatir con el espíritu de un gran cacique como había sido Mañín, muerto años antes, no bastaba para conjurar el ímpetu con la habilidad táctica. Los ataques masivos ("grupos" de hasta 2.000 mapuches) se estrellaban en su propia incapacidad combativa; el incremento de las fuerzas

entre los mapuches, se debía principalmente a la gran cantidad de sus connaturales que habían regresado desde Argentina, por la verdadera compulsión de las tropas comandadas por Roca, que avanzaban también en la consolidación interna de su territorio ("la conquista del desierto"). Ambos países, y casi en forma paralela, realizaban este "avance de fronteras" sobre los territorios indígenas; sus políticas de asimilación de las tierras fueron también semejantes, aunque las tropas de Roca, fueron más brutales en el exterminio de las tribus. Estructurar la unidad territorial interna era un verdadero desafío; la posible potencialidad del vecino respectivo, justificaba esta carrera por el aglutinamiento interior y así, lidiar con seguridad en la cuestión de los límites internacionales, aún no delimitados claramente.

El gobierno chileno mientras se desenvolvía esta insurrección general del Malleco, concentraba todos sus esfuerzos en la guerra contra el Perú. La seguridad del triunfo hizo cambiar su actitud frente al "problema mapuche"; los triunfos de Chorrillos y Miraflores, y la ocupación de Lima permitirían el "respiro" y la vuelta de contingentes al país; era ya la hora de la "pacificación definitiva". Dice Julio Foster Alcalde: "Hacia algún tiempo que el gobierno por intermedio del ministro Manuel Recabarren había presentado al Congreso un proyecto para proceder al estudio de un ferrocarril, que uniendo Angol, término de la línea en esa época, con la ciudad de Valdivia atravesara el territorio araucano. Ambas ramas aprobaron tal trayecto, por lo que se hacía ineludible afrontar el problema de la pacificación. En Consejo de Ministros, el Ministro de Guerra, general Gana, dijo en tono irónico que era el Ministro del Interior a quien le correspondía conservar el bien público y esto de Arauco era una rebelión interna"*.

*"La Heroica Gesta de la Frontera". Artículo de Julio Foster Alcalde, Diario "El Sur", Temuco, 2 de febrero de 1951.

El avance sobre el Cautín

A fines de enero de 1881 llegaba el ministro Manuel Recabarren a Angol, punto de partida para su expedición; en dicha ciudad se incorporaría el ingeniero alemán Teodoro Schmidt Weissel a quien se le dio la dirección de una compañía de zapadores. Los batallones movilizados de Biobío y Ñuble, con el escuadrón de Carabineros de la Frontera, conformaban un total de más o menos dos mil hombres, la fuerza destinada a concluir con el "problema indígena".

El plan de Recabarren consistía fundamentalmente y como inicio para la posterior colonización, en construir varios fuertes en línea, desde Los Andes al Ñielol, verdaderos refugios de las últimas tribus hostiles. El 13 de febrero de 1881, y a orillas del río Quino se construiría el primer fuerte, llevando el nombre de tal corriente, aunque la tropa, entusiasmada, le había otorgado el nombre del ministro Recabarren.

Digamos que estos fuertes eran construcciones de gran extensión, aunque de un solo piso, siendo su techo de zinc. Constaban de dos dormitorios (para tropa y oficiales), dependencias, patios, caballerizas, bodegas para guardar las provisiones y forrajes. Como castillo medieval, la construcción era rodeada por un ancho foso de casi dos metros de profundidad, por uno de ancho; los bordes estaban cubiertos de fuertes empalizadas, verdadero cobertor para los posibles ataques. Una torre de tres metros de altura constituía el atalaya indispensable para otear al enemigo.

Al continuar su avance hacia Quillen, ya a mediados de febrero, el ministro y las tropas se encontrarían con un extraño documento, publicado por primera vez en el ya citado artículo de el diario "El Sur", y que el autor había encontrado en el archivo de su padre, pariente del ministro Recabarren. Clavado con una

lanza, en un centenario roble, estaba ese ultimátum de la Araucanía al gobierno de Chile; por entre la maraña selvática, los mapuches constataban desde la sombra, el seguro paso de las tropas chilenas; ultimátum que tenía más de altivez a no reconocer la pleitesía que el principio de la fuerza ya inclinaba en su contra. Allí firmaban Epulco y Quillapán; el primero, hijo del famoso Mañín, el máximo líder de la lucha contra los chilenos. Otro firmante era Venancio Coñuepán, en ese instante hombre casi centenario; siendo joven había peleado contra las montoneras de Benavides en la llamada Guerra a Muerte. Había sido aliado de la República como una forma de enfrentar con mejores posibilidades a los caciques Curiqueo de Boroa y Catrileo de Purén, acérrimos enemigos suyos.

El documento firmado en Nielol, el 28 de enero de 1881, decía:

SEÑOR CAPITÁN DE ANGOL

Mi señor ministro:

Reciba esta nota de muchos caciques que piden en forma sus terrenos que han cultivado desde mucho tiempo. Ahora responden todos los caciques, que son cuarenta caciques.

Señor: pedimos que tenga la bondad de retirarse cuanto más pronto se pueda, con todos sus españoles de que se encuentran en el pueblo de Angol.

Como cacique Suenubil. Idem también el cacique Epuleo, tío Quillapán. Idem también el cacique Quidenado. Idem también el cacique Ignacio Quempul. Idem también el cacique Calbucoi. Idem también el cacique Leria. Idem también el cacique Juan Menchiqueo Melín. Idem también el cacique Pinchulao. Idem también el cacique Suenchugal. Idem también el cacique Quinteleo. Idem también el cacique Manisal. Idem también el cacique Marileo. Idem también el cacique Coñuepán. Idem también el cacique

Paillal. Idem también el cacique Antonio Panemal. Idem también el cacique Calbío. Idem también el cacique Coilla. Idem también el cacique Limonil.

Todos estos caciques piden ahora en orden sus respectivos terrenos que han sido suyos. ¿Por qué se los han quitado? cuando nunca le hemos debido al Gobierno ni a los que mandan en el pueblo, ni a nadie. Y también recordamos ¿Por qué mataron al cacique Domingo Melín y también a sus mujeres y a todos los chiquillos? Matándolos y después los pasaron al fuego; y todo eso lo recordamos ahora; y también por los pueblos que se han puesto sobre nuestros terrenos.

Ahora piden todos los caciques que si no les entregan sus terrenos, entrarán en pelea, hasta morir peleando, porque tengo harta gente para pelear y armas también, ciento y más. Todo esto le sé decir, mi buen amigo, que haga el servicio de retirarse cuanto más pronto se pueda.

Si no quiere retirarse tendremos que pelear mucho durante el tiempo de veinte años, si Dios nos guarda, buen amigo, porque tengo gente suficiente para pelear.

(Firma) Soy su buen amigo.

Pero el "buen amigo" continuó impertérrito su marcha; a dos y media leguas al SE del fuerte anterior de Quillem, nació el fuerte de Lautaro, llamado por la tropa Aníbal Pinto, denominación rechazada por el Presidente con posterioridad. El desafío impuesto a la bravura mapuche, comenzaba a expandir el casi auto-sacrificio. Menchiqueo Melín y su hermano Neculpén, atacaron un convoy de carretas que se dirigía al Cautín con veinte soldados de escolta. Breve combate: tres soldados muertos y los dos jefes mapuches. La sangre comenzaba a extenderse en las comarcas vecinas al Ñielol; era el signo de la altanería de unos, de la carencia de una política asimiladora, por los más poderosos. Lo que

podía haber sido un solo pueblo cohesionado, respetuoso de la autarquía cultural y de las diferenciaciones regionales, había desembocado no ya en el simple recelo, sino en el enfrentamiento a muerte, como dos seres que desconocieran su origen.

El domingo 21 de febrero, a las 7 de la mañana se continuó desde Lautaro al sur siguiendo el curso del Cautín (verde oscuro), que marchará hacia el oeste a las alturas de Temuco. A cuatro leguas del anterior fuerte y en las orillas del río, allí donde forma una barrera profunda y escarpada, en las tierras del cacique Carelao, al atardecer, echábase las bases del cuarto fuerte: Pillanlelbun.

Al atardecer del día 22, el ministro llegaba a un lugar llamado Temuco (agua de temo), asiento de un cacique principal llamado Huirio-Lienán. Este sitio ofrecía disposiciones geográficas mejores que los anteriores para construir un puesto militar superior. Por el sur, dominaba los pasos del Cautín, por donde transitaban las numerosas reducciones de Allipén, Boroa, Quepe, Metrenco, etc. Por el norte se extendía un hermoso llano y allí se erigía el Nielol legendario.

Mientras ya estaba instalado el campamento y el ingeniero Teodoro Schmidt realizaba las investigaciones necesarias para construir el fuerte, se presentaron los caciques de la región, considerados amigos del Gobierno, a conferenciar amistosamente con el ministro Recabarren. Entre ellos estaba Venancio Coñuepán; los flanqueaban unos 600 mocetones a caballo; el pequeño parlamento duró unas tres horas, siendo el pedido fundamental de los mapuches, QUE NO FUNDASE PUEBLO Y QUE NO PASASE MAS ADELANTE.

Al conversar Recabarren y los mapuches de paz (denominados también abajinos), las tropas expedicionarias hacían ejercicios con sus ametralladoras, que causaron asombro entre los indígenas, que por primera vez contemplaban esa mortífera arma.

Cansado el ministro de la conversación, despidió a los caciques con energía: "Id decidle a vuestra gente, que aquí construiremos el Fuerte Temuco, mantendremos los ya establecidos y deberá quedar sometido a las leyes de la República, todo el territorio araucano".

El jueves 25 de febrero de 1881, casi al amanecer, iniciábanse los trabajos de los fosos: la suerte ya estaba echada...

La inmediata rebelión "inútil" costaría la vida de Millapán, Romero y Melivilu; las últimas estirpes de grandes caciques, caían segadas por la metralla continua. En noviembre, la postrera insurrección general lleva espantosa mortandad a las filas deshechas de los mapuches; el combate de VEGA LARGA fue el último ejercicio militar de los triunfadores de Chorrillos.

Años antes había dicho el coronel Cornelio Saavedra: LA OCUPACION DE ARAUCO NO NOS COSTARA SINO MUCHO MOSTO Y MUCHA MUSICA.

El 1º de enero de 1893, entraban a Temuco las locomotoras "Artesanos" e "Inmigrantes". Un capítulo de la novela se cerraba; comenzaban otros, aún inconclusos.